

EL ESPECIALISTA

alejandro fuentes cristerna

Image not found.

Capítulo 1

Mathias Grady apagó la pequeña lámpara de escritorio que tenía frente a sí. Luego de trabajar 12 horas desoldando pequeños circuitos, no sentía ganas más que de irse a la cama enseguida.

Tomó la chamarra y se la echó encima de los hombros, sin molestarse siquiera en meter los brazos. Quería llegar cuanto antes a casa para dormir. Terminó de acomodar su área y salió hacia el pasillo afuera de su cubículo, donde cientos de hombres caminaban en ambas direcciones.

Todos ellos eran jóvenes, y portaban los overoles azules que les identificaban como Multifuncionales. Mathias comenzó a avanzar hacia su izquierda, sintiendo que su overol café claro resaltaba demasiado entre esa marea azul que avanzaba con él y hacia él. Nadie se molestaba en darle una mirada, pero sentía como si todos los ojos que ocupaban esos rostros inexpresivos, lo juzgaran y menospreciaran.

Miró hacia el piso, inconscientemente, a la par que avanzaba más de prisa. Llegó a una bifurcación en el pasillo y tomó a su derecha, disminuyendo gradualmente la cantidad de técnicos que se cruzaban en su camino.

Al fin, alcanzó un área extensa que se abría ante él. La altura de esa zona debía ser de al menos unos 20 pisos, y la pared que alcanzaban a mirar sus ojos se situaba a unos buenos 300 metros. Los obreros y técnicos caminaban siguiendo líneas con marcas y patrones diversos de color en ellas, haciéndole sentir que quizá efectivamente ya no tenía un lugar en toda la infraestructura de reparación de máquinas del gobierno.

Esas máquinas hacían el papel de moduladores para infinidad de cosas. Desde calefacción en las casas dependiendo la temperatura ambiental, encendido de lámparas en las calles, hasta la correcta presión de agua en las tuberías y la vigilancia de signos vitales de ancianos en sus hogares. Controlaban todo sin problema. Uno no tenía que preocuparse por hacer una lista de faltantes en los productos de la casa, ya que las máquinas tenían un programa de inventario que tenía vigilada la cantidad de cosas que uno consumía en un tiempo determinado, y hacía los pedidos directo a los supermercados, llegando los productos un día después.

Estas máquinas habían comenzado como simples cajas de metal con circuitos, colocadas afuera de las casas y conectadas a la computadora interna de la misma. Uno introducía algunos datos, y la máquina hacía su trabajo bien. Obviamente, las primeras solo cuidaban de cosas simples como la calefacción, encendido de lámparas a una cierta hora, vigilaban que las cuentas de los consumos no se vencieran y daban aviso en pequeñas pantallas que uno miraba cuando se encendían, entre otras

tareas.

Actualmente, un panel diminuto situado en alguna pared, era todo lo que se necesitaba. Las casas tenían ya sensores instalados por doquier, y era uno vigilado sin problema por ellos. Un aumento en la presión arterial de cierto grado, y ya estaba la computadora indicando que era mejor sentarse y pidiendo ayuda. O regañando si uno sobrepasaba el tiempo estimado requerido para darse un baño, por el consumo de agua. O el nivel de calorías adecuado en una comida...

Extrañaba los antiguos días, cuando era niño, en que una casa era una casa, y si uno quería saber qué hacía falta para hacer las compras, simplemente miraba en la alacena y hacía una lista. Le gustaba eso, acompañar a su padre luego del trabajo porque le compraba una paleta en la caja registradora.

Pero todo eso era cosa del pasado ya. Ahora, si uno iba al supermercado, no había personal allí. Se transitaba por pasillos donde giraban grandes escaparates con anaqueles llenos de productos como si fueran una rueda de la fortuna, y ofrecían lo faltante. Simplemente, se colocaba la tarjeta donde se recibían los créditos de pago en la ranura y se oprimía un botón con la clave del producto, girando el anaquel hasta quedar frente a uno y abriéndose la mica protectora para poder tomarlo.

Desde que la automatización inició, las máquinas comenzaron a hacerse cargo de ciertas cosas. Antiguamente, había cosas parecidas al tener aparatos programables en los edificios. Les llamaban "inteligentes", pero en realidad no hacían interacción como los actuales. Estaban en todos lados, y al tener uno colgada su tarjeta de identidad del cuello, ellas sabían las rutas al trabajo, marcas de cerveza, diarios, hasta en qué cesto de basura incinerador tiraba uno el papel con que se hubiese limpiado la nariz en la calle.

Todo eso conformaba un gamaje de estadísticas que servían a la mercadotecnia, a la economía, al gobierno... a todos, menos a él.

Cuando era joven, decidió estudiar todo acerca de esas nuevas máquinas que colocaban en la calle y controlaban el flujo del tráfico, la gente en el metro, medían las compras en los supermercados cuando aún era un ser humano el que te atendía en la caja, e infinidad de cosas más. Eran cajas grandes y relucientes, llenas de piezas eléctricas y focos pequeños. Aprendió todo lo que hubo que aprender de ellas, y era bastante, ya que cada modelo era distinto dependiendo de su función. Eran máquinas sumamente complejas en sí mismas, y no cualquiera sabía repararlas. Un buen técnico era bastante apreciado en cualquier empresa para reparar en poco tiempo alguna caja averiada.

Pero llegaron poco a poco las nuevas tecnologías, donde las cajas comenzaron a ser cada vez más y más pequeñas, hasta ser ya de unos pocos centímetros cúbicos, y en vez de piezas y focos contenían tarjetas de circuitos donde cabían millones de datos de información. Al estar conectadas a la red de flujo, no requerían tantas piezas internas.

Todo esto vino a su mente en un segundo, reaccionando al tropezar con él un técnico y casi tirar sus hojas de reporte.

Maldijo por lo bajo y continuó su camino hasta la oficina del encargado de área. Sintió alivio al entrar al pequeño espacio que era la recepción, con un par de cuadros en la pared y un sillón para cuatro personas pegado a otra.

Una voz femenina se escuchó por el sonido medio ambiental...

-- Hola, Técnico Monofuncional Grady. Buenas noches.

Mathias odiaba cuando le llamaban así. Giró sobre sus talones y observó el holograma perfectamente formado de una mujer, elaborado digitalmente por un programa informático. Sabía que no era de ninguna utilidad mencionar su malestar con el holograma interactivo, así que solo se limitó a sonreír.

-- MoF reportándose ante el Director Virchow - dijo él. Prefería ser llamado por las iniciales de su grado.

-- Por supuesto. Lo anunciaré.

Mathias pensó en sentarse un momento en el sillón. Le dolían las posaderas y la parte alta de las piernas, de tanto tiempo de permanecer sentado en la rígida silla de plástico de su cubículo. No entendía como ayudaba que él desoldara las piezas quemadas de los componentes averiados de las cajas de circuitos. Eran tan pequeños algunos, que debía ponerse una lupa de joyero en el ojo para ver qué hacía. Las piezas de antes, eran verdaderas piezas, que uno podía tomar con los dedos sin temor a que se fuera debajo de las uñas.

La proyección holográfica de la chica, apareció de nueva cuenta en la pared.

-- Puede pasar, Técnico Monofuncional Grady. Buenas noches.

-- (MoF, maldita sea)... Gracias.

La oficina del Director Virchow era sobria a pesar de la importancia del cargo. Un escritorio, algunos muebles para archivo, un cuadro de flores era todo lo que ocupaba el espacio. Y una silla, obviamente. Lo cual

molestaba a Mathias, ya que todo aquél que iba a ver al Director, debía soportar el estar de pie y mirarlo a él en su postura de magnate mafioso, sentado hasta el borde del escritorio con los dedos de las manos unidos por las yemas y recargados los codos en él.

-- Técnico Grady. Gracias por venir.

-- (¿Acaso tenía otra opción, maldito burócrata engreído?)... Gracias a usted, por llamarme.

-- ¿Qué edad tiene, Técnico Grady?

-- (Como si no lo supieras, parásito del sistema...). 62 años, Director.

Virchow miró sus dedos, unidos por las yemas, como si meditara profundamente una decisión.

-- Según su hoja de servicio, inició aquí hace 44 años, ¿Cierto?

-- Así es.

-- ¿Alguna razón por la que no haya tomado la jubilación voluntaria?

-- ¿Alguna razón por la que debería haberla tomado? - preguntó Mathias a su vez.

El Director Virchow no supo qué responder de momento. Estaba acostumbrado a que la gente acatara sus decisiones y lo hicieran sin cuestionarlo.

-- ¿Disculpe, Técnico Monofuncional Grady?

-- Usted pregunta si hay razones por la cual no me haya jubilado... No sabía que existían opciones para responder esa pregunta, Director.

-- Bien sabe a qué me refiero. La modificación al contrato de empleados de parte del Sindicato, en 2096, lo puso en una laguna legal. Esa es mi piedra en el zapato con usted. No puedo despedirlo, ni obligarlo a jubilarse, ni jubilarlo por edad. Quedó usted en un hueco administrativo demasiado profundo para poder alcanzarle.

-- No es mi culpa. Yo estaba muy bien reparando mis cajas de control, hasta que comenzaron a abandonarlas y poner esas malditas cosas del tamaño de un cubo de hielo que requieren más de 5 especialidades para poder decir qué tienen de mal cuando se averían. Para cuando me di cuenta, resultó imposible alcanzarles a los nuevos y flamantes egresados

de las fábricas.

-- Nunca entendió usted que por desgracia, era cosa del pasado desde que la primer Moduladora Inteligente, entró en servicio.

-- Tal vez, si hubiesen ofrecido cursos de actualización para los Técnicos Monofuncionales... Por cierto, en ese entonces, éramos simplemente Técnicos. Lo de Monofuncionales se nos agregó cuando vieron que no era posible adaptarnos a la nueva educación implantada. Eramos demasiado inquietos en nuestra mente para que el maldito lavado de cerebro con que educan a los chicos, hiciera efecto.

-- Todo eso es cosa que no viene al caso. Le pediré una vez más, como cada año que se revisará el contrato de trabajo, que contemple ir a descansar a su casa con la paga intacta. Ya consulté con la Directiva, y están de acuerdo en manejarlo así. Sin descuentos de ningún tipo y bonos de salario e incrementos como a todos los demás.

-- ¿A descansar a casa? ¿Descansar de qué, demonios? Si el contrato puede enrollarse y es lo suficientemente grueso, le diré lo que puede hacer con él.

En el momento que el Director estaba a punto de echarlo, Grady dio media vuelta y salió de la oficina hacia el área de reunión de los Técnicos. Él era el único con uniforme de color café. Nadie más dentro de los miles de Técnicos poseía un uniforme similar. Quizá de algún modo, eso era algo.

Grady avanzó a paso vivo hacia el área de estacionamiento, donde su vieja motocicleta le esperaba. Encendió el motor, y se perdió en la noche camino a casa...

Su esposa le esperaba con la cena caliente en la mesa y una taza de café. Arropada con una cobija gruesa, se entretenía en tejer una bufanda y mirar la pantalla holográfica para pasar el rato.

El motor de la motocicleta sonando en el inicio de la calle, le indicó que su marido estaba por entrar, así que dejó con desgano el tejido y se levantó del asiento para verificar que el plato aun estuviera caliente. El ruido de la moto sonando afuera de la casa, y apagándose con un estruendo final, le causó desazón. Hacía años que las esposas de los demás Técnicos los tenían en casa a todas horas. Esos hombres hacían diferentes labores para ayudar en la economía del hogar. Desde artículos ornamentales fabricados con piezas de viejas máquinas reguladoras, hasta pasteles en el caso del esposo de una de ellas.

Pero su Mathias, no. Él se había negado a ir a casa a disfrutar de una pensión cuando el mundo cambió. A ningún técnico le había agradado,

pero las cosas nunca eran como uno las quería.

La puerta se abrió de golpe al reconocer la proximidad de la tarjeta de identidad. Mathias entró hasta la cocina y besó a su mujer en la frente antes de quitarse la gorra café y dejarla en una mesita pequeña junto al sofá.

-- Hola, querida. ¿Qué hay de cenar?

-- Un poco de carne con patatas. Y café. Creo que queda algo de pan de hace un par de días...

-- Así está bien, cariño. ¿Qué tal las cosas por aquí?

-- Igual que siempre. Me dijo Carol que su esposo está teniendo buena suerte con el negocio de pasteles. Le hicieron un pedido de dos para una fiesta. Y algunos para cumpleaños...

-- Bien por él. - dijo Mathias, mordiéndola una patata caliente y soplando para enfriarla dentro de la boca.

-- Podrías probar con alguna cosa extra. Eres bueno haciendo reparaciones, y...

-- ¿Probar para qué?

-- Pues... Es necesario que pienses en hacer algo más. ¿Pasarás toda la vida que te queda yendo y viniendo a la Central solo porque sí?

-- ¿A qué viene eso? Tengo un empleo y no voy a regalarlo solo porque varios programadores se sentaron una tarde sin tener nada que hacer, y decidieron que algo que era bueno, podía estropearse haciéndolo complicado.

-- Bueno, la verdad es que... Hace años yo pensaba que podía ser lindo tenerte aquí en casa conmigo, disfrutando de tu pensión y descansando...

-- ¿Acaso hay un complot para mandarme a descansar de parte de todos?

-- Solo digo sería bueno que no siguieras yendo a... la Central... solo porque sí.

En esos momentos Mathias sintió como si incluso su esposa lo traicionara además de las máquinas a las que había dado tantos años de su vida.

Dejó el plato casi terminado a un lado, tomó su taza de café y fue a

sentarse en silencio en el sillón frente a la pantalla holográfica...

* * *

Lawrence Carriot era un jovencuelo brillante, aunque los demás difirieran de esa opinión. No trabajaba en las calles, aunque la pasara todo el día en el Centro de Programación haciendo lo que sabía hacer: fabricar elaborados programas de soporte para las máquinas que controlaban todo sin excepción.

Eso le divertía mucho: él y su equipo controlaban a las máquinas que controlaban todo. Por ende, él y su equipo, controlaban el mundo.

El Director del Centro entró a su sitio de trabajo, lleno de papeles en el suelo, lápices rotos y restos de platos de comida rápida sin terminar por doquier. Su mesa de trabajo se hallaba cubierta por infinidad de hojas con garabatos.

-- Señor Carriot... Por más que me he esforzado en encontrar un Artículo, Ley, Disposición oficial, o lo que sea que le obligue a mantener limpia su área de trabajo, no lo he hallado. Me resisto a creer que no exista algo tan noble que evite el que pueda haber tanta anarquía en un solo lugar.

-- Buenas noches, Señor V. ¿Qué hay?

-- Director Virchow.

-- Lo que digas, V. ¿Quieres un poco de hamburguesa? Por aquí en algún lado debe estar un trozo... - dijo Lawrence, levantando hojas de papel al azar.

-- No, gracias. ¿Puede decirme si ya quedó solucionado el problema del clima aleatorio en la sección 217-Q?

-- ¿La colonia de casas de ancianos? Claro. Era un juego de niños. Dos directrices se oponían mutuamente, lo que generaba confusión en las órdenes de la red hacia las máquinas de esa sección. Pero, no puedo culparlas.

-- ¿Culparlas? ¿De quién habla?

-- De las máquinas. ¿De quién más? Esos ancianos nunca están conformes con el clima dentro de sus habitaciones. La interfaz interpretó en forma adecuada las condiciones fisiológicas de temperatura corporal, ingesta de líquidos, temperatura de los mismos... pero son ancianos. Dos tipos sentados uno junto al otro pueden querer cosas tan dispares, como café

casi hirviendo a las 2 de la tarde, y otro una gaseosa casi al punto de congelación. ¿Cómo puede interpretar la máquina algo así?

-- Hasta donde sé, ese es su trabajo.

-- Por supuesto. Y ya quedó arreglado, Señor V.

-- ¡Director Virchow!

-- Lo que digas, V. Ahora, creo que estoy a dos minutos de terminar mi turno, así que comenzaré a dejar en orden mi área. Si me disculpas...- dijo Lawrence, tomando un puñado de hojas de la mesa y haciendo una mueca como si tuviese mucho por hacer.

-- Claro, claro. Ponga orden aquí, por favor. - mencionó con angustia el Director mirando su entorno, juzgando dos minutos como algo insuficiente para limpiar todo eso.

Una vez hubo salido, Lawrence arrojó las hojas de nueva cuenta a la mesa, sacando un fajo de anotaciones de debajo de una caja de pizza. Las metió en su bolsa de trabajo y salió del cubículo, apagando la luz.

Lawrence salió al amplio pasillo donde cientos de hombres con uniforme azul avanzaban con aire de quien está muy ocupado y no puede perder tiempo en dar siquiera la hora a nadie. Alguno que otro técnico lo miraba de reojo al pasar junto a él, ya que Lawrence no portaba ningún uniforme en especial. Iba vestido de pantalón negro, playera y suéter abierto. Era una característica de los programadores el no ser encasillados. Los psicólogos decían que arruinaba su creatividad, y ésta era necesaria para crear programas útiles para las máquinas.

Cierto era que al ser evaluados de pequeños por los neuroterapeutas, eran hallados con altas cantidades de receptores neuronales capaces de generar ideas cuando se les estimulaba adecuadamente. Los técnicos multifuncionales, a su vez, tenían receptores que los volvían altamente calificados para aprender tareas y manuales en muy poco tiempo. Los monofuncionales... de pequeños no existía la evaluación neuronal, así que podían aprender lo que quisieran en el tiempo que se considerara necesario para ello. Conforme crecieron, se mostró obvio que tenían aptitudes para una o dos cosas en específico. Y se volvían muy buenos en ellas, pero no en varias a la vez. Aunque lo compensaban con una cantidad inusual de creatividad que los multi no poseían.

Resolver problemas que se salían de su aprendizaje no era su fuerte de los multi. Los programadores eran la excepción, ya que aunque no eran aptos para aprender a realizar procedimientos memorizados, sí lo eran para crear mapas mentales y solucionar problemas con los programas con que funcionaban las máquinas. Los técnicos multi elaboraban los circuitos

necesarios para llevar a cabo ese programa, y se colocaba en una máquina.

Luego de esquivar a algunos técnicos en el camino, pasó la puerta que daba al estacionamiento para montar en su bicicleta.

Circuló por varias calles, cuidándose de los autobuses robotizados, hasta que llegó a casa en un conjunto de apartamentos a media hora de la Central.

Aparcó su bicicleta en la cochera comunal, y subió por las escaleras hasta su piso. La puerta se abrió estando él a un metro de distancia de ella, encendiéndose las luces enseguida.

-- Buenas noches, Lawrence- dijo una voz automatizada.

-- Hola, máquina del demonio. ¿Qué hiciste hoy?

-- Adquirí los víveres faltantes, así como cubrir los pagos de las cuentas pendientes que llegaron. Tu saldo en créditos, es de...

-- Sí, si. Soy pobre. Lo sé. Eres una molestia al recordarme mi saldo en créditos. ¿Hay algo para cenar?

-- Puedo recomendar una cena baja en proteínas, y equilibrada en carbohidratos. Las grasas pueden ser...

-- Pide una hamburguesa a la tienda de Wally.

-- Lo lamento, pero la cantidad de proteína, carbohidratos y sobre todo de grasas, está inusualmente alterada en porcentajes con una cena así.

-- ¿Eres mi madre, acaso? Pídela. Con doble queso.

Luego de quitarse los pantalones, tomó asiento en un sillón bastante estropeado desde donde podía controlar su máquina programadora. Comenzó a meter datos de las hojas que sacara de su bolsa de trabajo en ella, frunciendo el ceño constantemente.

-- ¿Has tenido la sensación alguna vez de que puedes aumentar tu potencial, máquina maldita?

-- ¿Qué es sentir, Lawrence?

Sin contestar, continuó metiendo datos en la máquina programadora hasta que se recargó en el respaldo, exhausto.

-- ¡Uff! No lo creo posible, pero me parece que no es descabellado pensar que puede aumentarse tu capacidad de manejar tareas y datos con tan solo eliminar ciertas directrices. Podrías tener una memoria virtual ilimitada, haciendo que tus tareas sirvieran para que... aprendieras, por decirlo de algún modo, a resolver problemas tú misma. Los técnicos multi se irían haciendo obsoletos con el tiempo. Igual que los viejos Mono. Acabo de entrar al sistema de programación de la Central, desde donde se mandan las órdenes para que funciones. Y tengo aquí un programa que puede hacerte más eficiente desde allí. ¿Te gustaría eso, máquina inútil?

-- No lo sé, Lawrence. ¿Me gustaría?

-- Averigüémoslo...- dijo él, dirigiendo su dedo hacia la tecla de entrada en la máquina programadora...

* * *

Mathias tenía buen rato de estar cabeceando frente a la pantalla holográfica. Había escuchado cuando su esposa se retiró a la alcoba a dormir, pero no la acompañó a propósito. Estaba disgustado todavía, y no quería comenzar una plática en la oscuridad con ella para tratar de arreglar el asunto.

Pensó en ir a la cocina por otra taza de café, por lo que se ajustó las pantuflas en sus pies descalzos y se dirigió a la cocina. Apenas había entrado en ella, cuando se apagó la luz.

Aguardó unos segundos a que se encendiera de nuevo, sin que lo hiciera.

Gruñó en voz alta, al pensar que si tardaba en volver tendría que ir a dormir. Aunque era probable que su esposa ya estuviese durmiendo. Al tantear el mueble de la cocina para colocar la taza en la tarja, alcanzó a dar una mirada hacia donde estaba el cubo controlador de la máquina moduladora. Se suponía que los cinco pequeños focos debían estar encendidos al mismo tiempo, sin variaciones de ningún tipo. Pero lo que veía era un espectáculo de luces, donde se apagaban y encendían sin un patrón aparente. No se supone que tendría que suceder eso.

Caminó con cuidado para no tropezar con nada, buscando el cajón donde guardaban unas velas. Hacía años no las ocupaban, pero él las conservaba como necedad obstinada a emplearlas en algún evento de ese tipo... que era imposible que ocurriera, supuestamente.

Tras encender un fósforo y alimentar el pabilo con la flama, se sintió mejor al poder ver, aunque fuese en penumbras, la cocina.

Y fue en ese momento que se percató de la gravedad de la situación...

Lawrence no pensó que tuviera relación el que la luz se hubiese ido con que hubiera dado click en el teclado de la Máquina programadora. De momento, le pareció un problema como los que ocurrían de vez en cuando, en que las cajas moduladoras entraban de pronto en conflicto con alguna directriz y "reiniciaban" el sistema por unos segundos. Solo que esta vez, estaba tardando más de lo normal.

Comenzó a escuchar ruidos en la calle, de gente saliendo de sus casas preguntando qué sucedía, de niños llorando por el poco acostumbrado asunto de estar en penumbras por la noche...

La batería de su Máquina programadora la mantenía encendida, pero no había sistema al cual enlazarse. De pronto, la luz volvió, haciendo que soltara un suspiro involuntario de alivio...

* * *

Carlos Bautista, Ingeniero en Jefe de la sección de Programadores, entró como exhalación a la oficina del Director Virchow.

-- Parece que he dado con el problema. No va a creer esto...

-- ¿Problema? ¡Sé cuál es el problema! ¡Ninguna maldita máquina moduladora está haciendo su trabajo!

-- Espere, se lo explicaré. Comencé a revisar todo el sistema, desde los comandos, directrices, hasta pasar por las distintas interfaces. No entendía por qué ni como, pero parecía que las máquinas hubiesen perdido la cordura.

-- ¡¿Qué?! ¿De qué demonios habla?

-- Tranquilo. Les estaban llegando órdenes al parecer simples, pero siempre ha sido así. En la cantidad, me refiero. Su programación las hace versátiles, al grado que pueden decidir hasta cierto grado, lo que deben hacer. Su capacidad de razonamiento se los permite.

-- ¿Y?

-- Las máquinas moduladoras son como un niño. Puede darle a un niño tareas específicas para hacer, pero cuando aumenta la capacidad del niño a recibir órdenes, y dentro de estas hay aumentadas las posibilidades de variables para tomar una decisión, el chico comenzará a volverse introvertido, callado. No querrá asumir la responsabilidad de tomar una

decisión. Simplemente, las máquinas están haciendo lo que hace un adolescente en casos de extrema responsabilidad y cuya capacidad no le permite ver más allá de unas cuantas soluciones.

-- No entiendo. ¿Qué demonios hace un adolescente?

-- ¿No tiene usted hijos?

-- No. Y no creo que mi vida privada sea de su incumbencia.

-- Entiendo. Bien. Un adolescente en esas circunstancias, simplemente se coloca el reproductor holográfico en los ojos, y se recuesta a dejar que el mundo gire.

-- ¿Quiere decir que las máquinas están holgazaneando?

-- Algo peor. Un adolescente tiene esa manera de desconectarse del mundo. He checado todo el protocolo de reinicio de cada modelo de máquina moduladora que existe... Están en un punto en el cual, no podemos reiniciarlas. Hay un programa dando vueltas en ellas, y las hace aislarse de algún modo.

-- Bueno, desconéctelas y reinicie.

-- No es tan simple. Cada circuito que las compone, es vital en su funcionamiento. Apagar sería inútil. La pila atómica que tienen dentro hace inútil apagarlas. Si quitamos la pila, todo su "aprendizaje" se vendría al garete. Quedaría inservible.

-- Son inservibles ahora mismo. ¿No lo entiende? Aunque hay algo que no entiendo. Si dice usted que están aisladas, ¿Por qué volvió la luz?

-- Eso es obra de mis ingenieros. Reconectaron las viejas máquinas. Las cajas de control. Pero parece que solo algunos sectores tienen luz. Y no se diga lo demás. Ignoramos aun hasta qué grado ha sido el daño.

-- ¿Las viejas cajas de control? Son basura. ¿No las hemos retirado de las calles, las casas, oficinas...?

-- Salía más barato dejarlas que retirarlas. Y eso ha sido nuestra salvación en estos momentos. Por fortuna es de noche y no toda la gente se ha dado cuenta de lo que sucede. Debemos reinstalar la programación antigua cuanto antes, para...

-- ¿Qué? ¿Para qué quiere hacer eso?

-- No están hechas para la nueva programación. Es como si usted quisiera reproducir un video holográfico de este año, en un reproductor de hace

10. Es imposible.

-- Por Dios... Haga lo necesario para que no cunda el caos.

-- Enseguida.

Carlos salió de la oficina casi corriendo. Debía llamar a todos sus programadores para encontrar una solución alterna.

* * *

Mathias analizó la situación un instante, y caminó hacia la sala, donde estaba la vieja máquina de control en una esquina de la casa. Retiró la tela y el florero que su mujer le había puesto encima y miró el pequeño foco de indicador de actividad encendido. Casi le viene un acceso de llanto al mirarlo encendido luego de años de haberse casi resignado a jubilarse.

Pero... ¿Por qué estaba encendido? El indicador de la otra máquina estaba activo también. Tomó una decisión drástica en ese momento. Se dirigió de nueva cuenta a la cocina, tomó un cuchillo como desarmador, y retiró la tapa de la máquina moduladora. Era del tamaño de una cajetilla de cigarros, y en comparación al tamaño de una expendedora de periódicos que tenía la otra, se veía bastante insignificante. Pero esa insignificancia había trastornado toda su vida. Intentó en vano comprender qué significaban todos los circuitos que la componían. Pero miró con curiosidad que todos ellos iban hacia un sitio en común: una pieza pequeña de donde salía un grupo de cables pequeños.

La examinó detenidamente, y se percató de que podía retirarse un pequeño panel en ella. Como si fuera un enchufe. Ayudándose con el cuchillo, lo desconectó. Se quedó unos segundos esperando a que algo sucediera, sin resultados. Miró que el indicador de la pila atómica parpadeaba. Decidió dejarla así. Era obvio que la vieja caja de control era quien estaba a cargo en esos momentos. Pero... ¿Por qué?

Tras pensarlo unos instantes, tomó del perchero su abrigo y salió a la calle para montar en su motocicleta.

* * *

Lawrence hacía cálculos frenéticos en su máquina programadora. No entendía qué había salido mal. El programa era excelente y la moduladora debería estar ahora analizando todas las variables posibles para que la habitación estuviera con el mejor clima, adelantándose a su reloj biológico y pidiendo una hamburguesa, diciéndole prácticamente qué ropa usar para el día siguiente por los indicadores de clima de Europa...

Necesitaba solucionar eso, y para ello requería el simulador de programas del Centro. No se le había ocurrido probar el programa que instaló antes de activarlo, pero no le había visto sentido. Era perfecto... Tomó su chaqueta y estuvo a punto de salir de su departamento así nada más, cuando recordó que sin máquina moduladora, no había activación de reconocimiento para dejarle entrar. Rebuscó en todos los cajones hasta dar con sus llaves del departamento. Salió en forma apresurada hacia el estacionamiento donde estaba su bicicleta.

Mathias entró como poseído a la Central. Todos andaban apresurados, cosa inusual a esa hora de la noche. Aunque... La visión de lo que comprendió, casi le hizo soltar una carcajada. Todos los Técnicos Multifuncionales se hallaban sin hacer nada. Los que corrían de aquí para allá eran los Programadores. No eran tantos como los Técnicos, pero no verlos en sus cubos de trabajo sino afuera, donde todo mundo se reunía, jamás lo había observado.

Miró en dirección hacia donde estaba la Máquina Moduladora Maestra. Parpadeaba la lucecita indicadora como en las demás de las casas. Caminó lentamente hasta donde se encontraba la puerta de acceso a la parte trasera de la Central.

Antiguamente, esa parte no estaba detrás de una pared. Formaba parte activa de la Central, ya que una Caja moduladora gigantesca, de 50 por 8 metros, era lo que regía la región. Múltiples cajas como aquella eran el objetivo de atención de cada Centro en el mundo. Y ahora guardaban polvo detrás de una pared... hasta ese día.

Cerró los ojos un instante y recordó nítidamente el interior de la máquina, cada relé, cada circuito, cada pieza y su funcionamiento, niveles de voltaje y amperaje al que trabajaba...

Llegó hasta la puerta y no se sorprendió de encontrarla abierta. Con cuidado la abrió y asomó la cabeza en el interior. Había luz, y media docena de personas se hallaban afanadas en quizá intentar comprender para qué servía cada maldita pieza, con papeles de patrones electrónicos impresos en ellos. Mathias observó con ojo experto, que una zona de la máquina no parpadeaba como debería. Estaban sobrecargados los relevadores de esa parte. El módulo maestro tendría que cambiarse, pero podían derivarse las funciones de cierta manera que cualquier Técnico Monofuncional sabía hacer.

No pudo evitar sentir un gran calor interno que le hinchó de orgullo el mirar a todos aquellos chicos listos con mirada de confusión ante las

páginas de los viejos manuales de funcionamiento.

Dio media vuelta y comenzó a avanzar de regreso hacia el estacionamiento. Justo cuando iba a llegar al pasillo de salida, un chico casi se estampa contra él.

-- ¡Oye, viejo! ¡Casi me matas!- dijo el tipo que a leguas se notaba era programador.

-- Pues deberías pensar en andar más despacio por los pasillos. A fin de cuentas, no hay ninguna prisa para nadie.

-- ¿Por qué? ¿Ya resolvieron el problema de las moduladoras?

-- Creo que tú entiendes algo de lo que sucede. Pues, déjame decirte que no lo creo, ya que encendieron de nuevo a la vieja Matilde.

-- ¿Matilde?

-- Así solíamos llamarle a la Máquina Central.

Hasta ese momento Lawrence reparó en el uniforme color café del tipo que tenía frente a si.

-- ¿Eres... el tipo del que tanto se queja el Señor V? ¿El único que queda en toda la Central a nivel mundial por puro orgullo?

Mathias no supo descifrar el tono en que hizo el comentario. Se quedó en silencio por unos segundos sin saber qué responder.

-- ¡No lo tomes mal, compañero! - dijo Lawrence, dándole una palmada en el brazo -. ¡Eres una leyenda! Hasta los recién llegados saben quién eres en cuanto entran a trabajar aquí!

-- No te burles de mí.

-- No es broma. Eres el tipo que desafía al sistema. Para muchos Multifuncionales, eres alguien digno de seguir como ejemplo. Ellos están aterrados de no saber dónde estarán en 10 años con las actualizaciones que se están dando diariamente. Los programadores somos el futuro, y ellos lo saben.

Mathias quedó sin palabras. Esas miradas de reojo que le dedicaban, siempre las interpretó como de curiosidad, pero en un plan de burla... Nunca imaginó el modo real en que lo miraban.

-- Agradezco tus palabras, pero eso no cambiará mi situación.

Lawrence estaba a punto de responder algo, cuando la voz del Director Virchow sonó a sus espaldas.

- ¡Técnico Grady!

Mathias se percató enseguida que no usó el grado de Monofuncional.

-- ¿Sí, Director?

-- Creo que está de sobra mencionarle que hay algo extraño en todo el sistema con las Moduladoras. No han conseguido echarlas a andar, y dudo mucho que esto sea un problema de corto plazo. Estamos trabajando en forma emergente con las viejas máquinas moduladoras maestras, pero es menester hacer énfasis en que muchas de ellas en las casas, están descompuestas o hay que reemplazarlas por el mal uso que hicieron de ellas las personas. En todo el Gobierno, obviamente, siguen instaladas y funcionando, pero comenzamos a tener llamadas de muchísimas personas que están desesperadas por el desconocimiento de poder reconectar en sus casas los viejos modelos.

-- Bueno, supongo que tienen trabajo de sobra sus Técnicos Multifuncionales con todo eso.

-- Ellos no... No tienen una maldita idea de cómo trabajan. Están acostumbrados a reparar circuitos en placa, no en un relé eléctrico que maneja quién sabe qué cosa.

-- Pueden mirar los propedéuticos y ponerse al día en una o dos horas. Eso hacen siempre que llega un modelo nuevo de Computadora Moduladora, ¿No?

-- Toda su base son circuitos, y las máquinas se modernizan en función de esa base. Las viejas máquinas moduladoras no trabajan así. Y justo ahora tenemos un problema con la Máquina Moduladora Maestra. Quisiera que la revisara...

El modo en que el Director ponía sus manos entrelazadas a la altura de su pecho y movía nerviosamente los dedos, le hizo pensar a Mathias que era lo más cercano a una súplica que ese hombre le daría.

-- Claro. Veamos a la vieja Matilde.

CINCO DIAS MAS TARDE.

-- Rudy, ¿Estarás todo el día cambiando un maldito condensador de placas? - preguntó Mathias a alguien que trasteaba dentro de los circuitos

de la Máquina Moduladora Maestra, o Matilde, como le llamaban cariñosamente los ex Técnicos Monofuncionales, ahora llamados Los Especialistas.

-- Demonios, Grady... Tengo 30 años de no meter las manos en esto. Una cosa es la caja de zapatos que controla mi casa, y otra el monstruo de Matilda.

-- Bueno, chicos. Démonos prisa, que los niños nos miran y no hay que defraudarlos... - dijo él a sus 8 ex compañeros, mirando de reojo a los antiguos Multifuncionales y cambiados de puesto a Asistentes.

-- Oye, viejo, ¿Crees que algún día se darán cuenta que fue mi programa el que...? Ya sabes... - le inquirió en voz baja Lawrence, que deambulaba por allí hacía un buen rato.

-- No lo creo. Al menos por los siguientes 10 años, Matilda volverá a ser la Reina de estos lugares. Tu programa les generó el equivalente a un derrame cerebral a las moduladoras inteligentes. Pasará mucho tiempo antes de que todo vuelva a la normalidad.

Como si hubiera sido una señal, la máquina comenzó a clicketear y a encender al unísono sus indicadores, una vez que Rudy hubo instalado la pieza defectuosa.